
FE Y POBREZA

Marcel Légaut

Esta mañana os querría hablar sobre la fe y la pobreza. Bueno. Estos dos términos tienen esto en común: que el sentido que se les da espontáneamente, a quemarropa, no es el suyo verdadero. No se sabe ni lo que es la pobreza en su realidad espiritual ni lo que es la fe en su realidad espiritual cuando se habla de ellas como lo hace la gente normal. Por otra parte, hay una relación extraordinariamente estrecha entre fe y pobreza si estos dos términos se toman en su sentido más espiritual. Entonces, voy a comenzar a trabajar un poco sobre la noción de pobreza; inmediatamente después os hablaré sobre la noción de fe y luego os mostraré la relación que existe entre estas dos realidades espirituales cuando de veras se intentan alcanzar en su propia profundidad.

Primero la pobreza. Confieso que me he visto lanzado a este tema particular debido al programa de la Parroquia Universitaria y de las Jornadas universitarias de este año. Una de las cosas que me hubiera avergonzado –no demasiado porque en definitiva participo muy poco de la Parroquia Universitaria, pero que me hubiera avergonzado mucho si formase parte intensamente de ella– es la pobreza radical de los artículos que han aparecido en el Boletín; y no conozco muy bien los «topos» ⁽¹⁾ pero, por los pocos ecos que me llegan, a pesar de las exclamaciones de admiración con que se me proponen, me han parecido también muy mediocres.

⁽¹⁾ [NdT] «Topo: exposición, explicación» (Diccionario Larousse). Mantenemos el término francés por reflejar el ambiente universitario francés, afín al círculo de Légaut.

La primera manera de concebir la pobreza es la pobreza material. Indiscutiblemente es la más impresionante. Me refiero a la pobreza del haber en el plano en el que el haber coincide con lo material, es decir, con el plano de las necesidades de la existencia. No cabe duda de que ésta es la pobreza que ha acosado y hostigado a los hombres desde tiempo inmemorial y todavía los persigue ahora. La pobreza de los bienes necesarios para la existencia. Por ejemplo, actualmente, mucha gente bienintencionada –¡por Dios! hay que hablar de ello; en fin, no es que hagan mucho más; aunque, por otra parte, no es que puedan hacer gran cosa más–, mucha gente habla de la pobreza que amenaza constantemente a uno o dos tercios de la humanidad: la pobreza del hambre. Se ha hecho descubrir a la gente que comía bien que muchos otros no comían bastante. Una hambruna es poco menos que impensable actualmente entre nosotros, sin embargo, en la mayoría de países, siempre está latente, siempre es posible el año próximo, después del que ahora se vive. Entonces, esa pobreza es indiscutible; es una pobreza capital. Y es cierto que esta pobreza, por el hecho de que es esencial para el hombre, por el hecho de que lo amenaza, alcanza a su fundamento espiritual mismo. En el fondo, al comienzo, la pobreza en el plano espiritual no fue más que la transposición de la angustia que se manifiesta con ocasión de la pobreza de los bienes más necesarios para la existencia. Y se puede decir incluso que, en cierto modo, el Evangelio no habla explícitamente más que de esta pobreza. Si habla de otra, no emplea esa expresión, porque el término pobreza tenía entonces –y tiene todavía ahora para la mayoría– una significación extraordinariamente precisa, la pobreza de los bienes esenciales para la existencia.

Al lado de esta pobreza hay una pobreza para la gente que no es muy pobre. Muy a menudo, por ejemplo en la tradición cristiana, la pobreza se ha pensado en este plano. Es la pobreza de una ascesis que lucha contra ciertas inclinaciones del hombre. Dichosos los que son suficientemente dueños de sus instintos, dueños de sus necesidades y se contentan con lo mínimo, de forma que se vuelven más ligeros, que se vuelven –diría yo– casi más técnicamente espirituales. Es una

pobreza de orden ascético; no es simplemente de orden cristiano. Sin duda. En todas las religiones en las que lo espiritual intenta y se esfuerza por aparecer, esta pobreza ascética existe. Ha de ser necesaria puesto que todo el mundo la menciona. Por otra parte, es muy probable que dicha pobreza no sea suficiente porque ninguna religión ha conseguido verdaderamente hacer que sus adeptos fuesen espirituales... Bueno, pues, ya tenemos esta pobreza de ascesis que existe y que, en cierto modo, está más directamente orientada hacia la pobreza espiritual –de la que vamos a hablar enseguida–, pero que, sin embargo, en cierto sentido, es mucho menos vigorosa que la primera, porque la pobreza de los bienes esenciales para la existencia acorrala al hombre, mientras que esta pobreza ascética, no digo que sea para él una riqueza pero, de alguna manera, el hombre se sirve de ella, le es útil. Lo cual es exactamente la definición de riqueza: aquello de lo que uno se sirve es una riqueza, al menos en un sentido amplio del término. Por tanto, entre las dos pobrezas, la que tiene indudablemente mayor vigor espiritual, cuando el individuo no es aplastado por ella –cosa que sucede raramente–, es la de los bienes materiales indispensables. La otra es una pobreza de profesores.

Al lado de esta segunda pobreza tenemos otra forma bastante reciente, que en el fondo es interesante por el mismo hecho de presentar un verdadero interés social. Es la pobreza de quienes, siendo ricos, quieren ser pobres para ser más hermanos con los otros. Es la pobreza de quienes no carecen de nada pero que, sin embargo, viven pobremente para no separarse de los que están obligados a vivir pobremente.

Obviamente, no hablo de la gente que sólo tiene sentimientos generosos sin ir más allá; que se limitan en definitiva a desear... Recuerdo un profesor de facultad que se llamaba (...) y que decía tranquilamente: “Es cierto que los profesores de facultad tenemos tres horas de clase por semana; pero es que, en el futuro, todos los obreros no tendrán más que tres horas de trabajo por semana...” Mientras tanto, los obreros trabajaban cuarenta o cincuenta horas y los profesores, en el fondo, estaban muy contentos de no tener más que tres

horas de clase y se sentían noblemente generosos deseando que los obreros tuviesen otro tanto. No. No me refiero a este camelo, que, por otra parte, es muy general y que consiste, en definitiva, en vivir muy ricamente y decir: “¡Qué lástima que los pobres no puedan vivir como nosotros!”

Me refiero a los que realmente disminuyen su estándar de vida para poder no sólo ayudar a los otros sino para estar en cierto modo más cerca de las condiciones en las que los otros viven. La pobreza del obrero; no del obrero contra maestre o especialista, que gana más que los otros –hay muchos de éstos–, sino del obrero no cualificado que no está en la miseria pero que en cierto modo no está tan lejos de ella; siempre un poco en la cuerda floja. Esta pobreza existe. Es rara pero existe. Es una pobreza en el orden del tener que ciertamente implica una profundidad espiritual real.

Por tanto, llegados aquí, tenemos estas tres formas de pobreza, pero ellas no son en absoluto las solas verdaderas pobrezas porque la verdadera pobreza es de orden espiritual.

Para descubrir, para hablar de esta otra forma de pobreza, habría que... La verdad, no es fácil descubrir la pobreza fuera de los casos particulares de los que os he hablado, el de la ascesis o el de esa especie de fraternidad buscada con los pobres. Sólo se la descubre cuando uno se ve acorralado y empujado hacia ella. La pobreza no nos es natural; ningún instinto nos conduce a ella y sólo se la descubre cuando nos acorralla. Pues bien, por consiguiente, sólo los que han vivido lo suficiente la descubren: los que quizás no han vivido fuerte pero poco a poco han sido conducidos a situaciones de verdadera pobreza. Voy a explicarme.

En toda vida humana lo trágico está latente; no está inmediatamente visible pero se desarrolla a medida que el tiempo pasa. Hace unos días M. nos habló de la pobreza, del aislamiento, pobreza del corazón; gentes que, por las condiciones de la existencia –bien mujeres u hombres solos, bien ancianos–, se encuentran completamente aislados y, en el fondo, padecen terriblemente esta especie de ley de

soledad forzosa que hace que nadie se ocupe de ellos, que nadie se interese por ellos; incluso el hecho de que tengan lo indispensable para vivir, porque tienen algunas rentas o algo de seguridad social, eso mismo hace que queden aislados. Tienen lo indispensable desde el punto de vista alimenticio pero no tienen nada de lo necesario desde el punto de vista del corazón. Están aislados.

Entonces, N. ha insistido mucho sobre lo importante que era, que debería ser, en especial para todo cristiano, que fuésemos al menos una relativa presencia cordial, una real presencia sentimental para quienes están de este modo aislados en lo esencial. E, indudablemente, el que más necesita una presencia es al que más difícil es dársela porque espontáneamente nuestra naturaleza hace que nos apartemos, casi invenciblemente, de los que, por decirlo así, miran de pegarse a nosotros por no estar solos. Es un fenómeno psicológico que sin duda todos conocéis. He ahí, por tanto, una pobreza. Una de las formas...

La forma casi metafísica –diría yo– de esa pobreza, es el aburrimiento, la fatiga de vivir, el tedio. Nuestros literatos han hablado mucho del tedio. Sin duda recordaréis que Bernanos ha escrito sobre él, y lo ha hecho bajo su aspecto trágico. Pero también otro escritor, que es de un orden completamente distinto al de Bernanos, Valéry, ha tratado ampliamente del tedio. En él era un tedio mucho más filosófico, mucho más explícitamente próximo a lo metafísico que el tedio del que hablaba Bernanos. ¿Recordáis? El tedio, el aburrimiento.

Pues bien, el tedio, si se desarrolla suficientemente y no es una simple desgana cotidiana, si penetra en una vida suficientemente vigorosa, conduce a la desesperanza. La desesperanza es una forma de nuestra pobreza. Hay que haber sido empujado a la desesperanza para conocer la vida espiritual, la verdadera vida espiritual; no la vida espiritual que se nos propone y se nos impone desde fuera por la religión. Pero se trata de una desesperanza que viene y nos coge por dentro y nos acorralla –como la pobreza del comienzo– y que precisamente va más allá, si tenemos posibilidad de ello. Desesperanza fría.

No hablo de una desesperanza romántica, a lo Chateaubriand. Cuanto más fría es una desesperanza, tanto más real es, porque las florituras con las que se la rodea no son en el fondo sino formas de escapar de ella. La verdadera desesperanza es secreta; es una desesperanza que calla; es muda.

Pues bien, esta desesperanza adopta formas diferentes según los casos, pero es un cáncer cuando se tiene. Es un cáncer porque no destruye sólo el presente, también destruye el pasado... Destruye el pasado. Hay un libro reciente de Montherland, *El caos y la noche*. Es la historia de la desesperanza de un hombre que... Es un burgués español que ha hecho la guerra de España del lado de la República, que está exiliado y que, después de veinte, veinticinco años de exilio en Francia, poco a poco, ve nacer primero el aburrimiento, luego el tedio de vivir ahí, y, poco a poco, una desesperanza que destruye incluso el ideal político que, al principio, en su juventud, le había animado e incluso, por decirlo así, galvanizado. Entonces se ve a este hombre, cuya vida en definitiva ha estado siempre tensa a favor de un ideal político, y para quien, al final, todo desaparece, todo se desmorona, y ya nada tiene existencia. La característica de esta desesperanza y de toda desesperanza real –no de la romántica ni de la desesperanza a lo Sartre, que es un camelo de los buenos– es, precisamente, no sólo engullir el presente, ennegreciéndolo y como destruyéndolo, sino también aniquilar el pasado porque, indudablemente, mientras éste permanece, el presente encuentra en él, por el hecho mismo de que se relaciona en parte con él, un cierto estribo para resistir a la nada. Pero, si el pasado se autodestruye, ya nada queda.

Pues bien, esta pobreza, cuyo proceso –un proceso trágico– estoy intentando presentar, nos descubre lo esencial de la pobreza en lo espiritual; es lo que yo llamo –para usar otra palabra, ya que la de “pobreza” está tan manoseada que es imposible arreglárselas con ella–, es lo que yo llamo la *carencia de ser*. La carencia de ser es, precisamente, el descubrimiento, a través de la desesperanza, de esta imposibilidad de existir.

Entonces, en mi libro quisiera señalar, mucho mejor de lo que lo he hecho hasta ahora, esta especie de proceso. Y, en el fondo, *toda la vida espiritual positiva no consiste sino en descubrir, con los medios de un viviente, esta carencia esencial* por la que las gentes se ven atenzadas cuando, un poco como las vírgenes necias, se encuentran conducidas por la vida a descubrir la inexistencia de su vida, de su presente y, cuando uno llega a viejo –¡qué cosa! incluso cuando uno llega a viejo–, no sólo descubre la inexistencia de su presente sino la inexistencia de su pasado. Mientras el pasado no se destruye, el presente todavía se sostiene un poquito. Pero la desesperanza, la carencia de ser, se manifestará no sólo respecto del presente sino del pasado; de tal manera que ya no quede absolutamente nada y la desesperanza total sea ya casi una muerte, en cierto sentido; casi una muerte porque la muerte física no sería, en verdad, más que un accidente suplementario.

Entonces, *el fin de toda la vida espiritual es hacernos descubrir la carencia de ser sin que nos acorrale* –en tiempo inoportuno, diría yo–, sin que nos acorrale en el momento en el que ya no somos capaces de responder espiritualmente porque la desesperanza, en cierto modo, es una especie de juicio que nos abrumba porque, en definitiva, no supimos prepararnos a tiempo para encajar la carencia de ser... *De alguna forma, el hombre, en la medida en que descubre su carencia de ser, comienza a ser.* Pues es eso lo que caracteriza al hombre: que, cuando se descubre verdaderamente en su propia realidad, es cuando llega a ser él mismo; y su naturaleza profunda es, precisamente, no ser, no tener en sí el ser. El hombre, a medida que lo descubre –pero yo añadiría que en condiciones de viviente y no simplemente de moribundo–, en esta misma medida, entra en el ser, nace el ser. ¿Comprendéis? En el fondo, por eso, la muerte es para nosotros un segundo nacimiento; la muerte física es un segundo nacimiento para quienes creemos en la resurrección, pero, en cierta medida, la muerte, independientemente de toda fe, es un segundo nacimiento en la medida en la que la muerte es cuando el hombre descubre que no es en él mismo y comienza a tener cierta consistencia en sí; un algo de consistencia.

Entonces, toda la vida espiritual consiste en descubrir, por caminos positivos y no simplemente por el camino negativo de las existencias acorraladas hacia la quiebra, la carencia de ser que es propiamente la noble toma de conciencia por parte del hombre para constituirse en el ser. Entonces, *ahí es cuando yo alcanzo la fe*. Este es mi primer capítulo, mi primer pasaje, si queréis. En un primer paso, uno ha de descubrir su carencia de ser. Y justamente toda la vida, para un verdadero viviente, es un progreso positivo para descubrir la propia carencia de ser.

Entonces, a mi modo de ver, las dos etapas más importantes de este proceso son, en primer lugar, el descubrimiento del amor y la vida del amor, es decir, el pasaje –tal como os lo he dicho a menudo– *del amor naciente al amor adulto* o, al menos, el progreso nunca acabado del amor naciente hacia el amor adulto; y, en segundo lugar, la paternidad, es decir, el pasaje *de la paternidad del comienzo a la paternidad cumplida*, un pasaje que tampoco acaba nunca. Porque precisamente en esos dos procesos –en la medida en la que nunca terminan, sino que en ellos, cuanto más se avanza hacia el término, más se descubre su inaccesibilidad – se manifiesta de forma positiva esa carencia de ser a la que cualquier hombre se ve fatalmente acorralado cuando, dejándose vivir y abandonando las vías espirituales, progresivamente se ve conducido a su propia quiebra por el juego mismo de los elementos. Entonces, toda la vida espiritual, a mi modo de ver, se ve facilitada en gran manera precisamente por el descubrimiento de lo que es el amor, de las llamadas del amor y de las llamadas de la paternidad. En mi libro son dos cosas muy importantes. El amor y la paternidad son elementos esenciales para que la mayor parte de la gente capte la cosa. Y tanto en el caso de que conozcan el amor y la paternidad, como en el caso de que tengan una necesidad esencial de ellos y que su carencia se manifieste por el hecho mismo de que no los han obtenido a pesar de que los hayan deseado; pues en definitiva, no hay gran diferencia entre el estado del alma de alguien que conoce el amor y sabe que no puede alcanzarlo tal como el amor naciente se lo promete, y que conoce la paternidad y sabe que no

puede alcanzarla tal como su desarrollo se propone ante él al comienzo, y aquellos que por una razón accidental –la teja o la maceta que caen de arriba, el hecho absolutamente fortuito– no pueden ni casarse ni tener niños. No hay, a fin de cuentas, diferencias fundamentales entre ambas situaciones.

O sea, que lo que es extraordinariamente interesante es que estos procesos, estos caminos que nos permiten alcanzar la realidad espiritual de la pobreza por una vía positiva de viviente, de verdadero viviente y, por consiguiente, de una forma infinitamente más positiva, más eficaz, positivamente eficaz, que cuando uno es acorralado hacia ella por los acontecimientos –la vejez, por ejemplo–..., o sea, lo verdaderamente interesante es que el amor y la paternidad nos hacen conocer ya lo que es la fe.

No sabemos al comienzo lo que es la fe. Nos confundimos siempre al principio: en el catecismo, después, siempre. Cuando no bromeamos sobre ella, *la confundimos con las creencias*; confundimos la fe con las creencias que impone una sociedad religiosa. Nosotros somos católicos pero con los protestantes pasa lo mismo; con los budistas, si hay budistas practicantes, lo mismo; y con los judíos también, etcétera. En todas partes se confunde la fe con las creencias. Si queréis, las creencias son respecto de la fe lo que la pobreza material... *Las creencias respecto de la fe juegan el papel que juega la pobreza material respecto de la carencia de ser*, de la que os he hablado al comienzo.

Pues bien, *la fe empieza a adquirir su originalidad con el amor precisamente. Porque ahí la fe es imposible que se confunda con una simple creencia. La fe conyugal* es una realidad espiritual que nuestro instinto nos lleva a descubrir y que va mucho más allá de los meros vínculos jurídicos o de las simples evidencias racionales; es algo que va mucho más allá. Si bien al principio la fe se encuentra muy apoyada, poco a poco, por el hecho mismo de la vida, del desgaste de los sentimientos, del deterioro del corazón, esta fe se hace cada vez más original. Nutrida cada vez menos por lo humano espontáneo, cada vez más es el fruto de una verdadera vitalidad espiritual. Donde no hay esa vita-

lidad espiritual, la fe conyugal se confunde fatalmente con el vínculo jurídico. Y, allí donde la sociedad no da un valor absoluto, bajo forma de creencia, a dicho vínculo, éste se convierte en algo extraordinariamente precario. Y, si aún se le respeta por razón de conveniencia, es que, en realidad, ya no se le respeta, incluso si, en cierto modo, no sucede nada anormal desde el punto de vista moral. Por tanto, como veis, la fe conyugal es una fe que evoluciona, desarrollando y recibiendo del crecimiento espiritual, profundo, de los cónyuges.

Y con la *fe paterna* ocurre lo mismo; o incluso se llega más lejos, porque, a fin de cuentas, la fe conyugal siempre vive, en cierto modo, de un clima de cierta posesión; el hombre y la fe paterna exige, de parte del padre o de la madre, una desposesión cada vez más total. De suerte que, paulatinamente, la fe se hace más y más espiritual pues prácticamente ya no se apoya en absoluto en la más mínima posesión, y, si algo de posesión queda, entonces la fe se ve, por decirlo así, casi como condenada a muerte por el hecho mismo de que esa posesión es, particularmente para la fe paterna, su veneno mortal.

Así podéis ver la relación que ya apunta entre pobreza, carencia de ser y fe; relación que va más lejos porque, en definitiva, *el hombre no puede descubrir ni soportar la visión de su carencia de ser si no tiene fe*. Si no tiene fe –y no hablo de creencias porque las creencias suprimen la visión de la carencia de ser: si uno está seguro de ir al cielo, si tiene del cielo una noción física... banquete, reunión de familia sin pizca de aburrimiento, lo que sea..., si uno tiene ese tipo de idea, suprime radicalmente la carencia de ser. La carencia de ser no se puede captar ni comprender si se tiene alguna representación sobre el porvenir. *La fe no aporta ninguna representación sobre el porvenir*. Afirma simplemente que ese porvenir es necesario con una necesidad que no está implicada en ninguna representación que haga la cosa relativamente fácil. Así es la fe con relación a las creencias. La creencia da una idea de lo que pasa y esta idea atrae y, por consiguiente, satisface y suprime la visión de la carencia de ser puesto que, en definitiva, ¿qué importa que seamos desdichados aquí abajo y sintamos el tedio de vivir hasta

desesperar, si más tarde todo se arreglará? Siuviésemos –yo diría– esta convicción como científica, positiva, tal cual, en la práctica, esto nos daría –y es lo que ocurre a menudo– la fuerza de soportar las situaciones más envenenadas. Por esto se dice que la religión es consoladora; pero, en la medida en que lo es, es también deshumanizadora; en el sentido fuerte del término; es deshumanizadora y, en cierto modo, se justifican todos los reproches que se le han hecho diciendo que es el opio; no es simplemente el opio del pueblo, es también el opio del burgués, el opio de todos en la medida en que aporta lo que aporta, a través de la noción de creencias. Mientras que la fe es otra cosa completamente distinta, como os he indicado hace un momento.

Pues bien, un hombre no puede llevar con dignidad la visión de su carencia de ser si no tiene fe. Y yo diría que hay un crecimiento paralelo, conjugado, de la percepción de la carencia de ser y de la fe. Donde no hay suficiente fe, el hombre, por ejemplo, no puede alcanzar una visión superior del amor que debe tener hacia su mujer y se contenta con el amor sentimental que fundamenta una coexistencia pacífica, hasta cierto punto armoniosa, simpática, que hace que... Ya sabéis; el modelo, el modelo tipo es el Sr. Y la Sra. Pérez, cada uno en su sillón con sus pantuflas, hablándose de la lluvia y del buen tiempo durante todo el día. Verdaderamente... Con esto estamos a ras de suelo prácticamente porque la fe conyugal no ha logrado desarrollarse lo suficiente para ir más allá.

Entonces, allí donde la carencia de ser no puede manifestarse es porque la fe no está suficientemente viva. Y lo que pasa es que, cuando determinadas circunstancias nos acorralan, todo se viene abajo de golpe y uno se ve precipitado a la desesperanza, desesperanza fría, desesperanza del que sólo soporta, para el cual, por decirlo así, toda la vida no es sino forzada. Se continúa viviendo porque se ha vivido, porque uno no tiene el coraje de suicidarse y porque, en definitiva, se está vacío... Por eso tantas muertes son fáciles, porque a menudo en el fondo se desean. Veo gentes que desean la muerte para que esto termine. No es *su* muerte; no es *su* muerte. Cuando estos días os habla-

ba de “la” muerte y de “la propia” muerte; ésta es lo que llamábamos “la” muerte; no se realiza ni se vive “la propia” muerte en estas condiciones. Es la muerte como solución; no es el proceso, no es el cumplimiento. ¿Comprendéis? Es la gran diferencia que hay entre vivir la muerte y vivir la propia muerte. De este modo podéis ver la íntima relación que hay entre fe y pobreza.

Pues bien, para terminar esta pequeña exposición, lo que pienso es que, en definitiva, la única pobreza voluntaria real es la consecuencia de la fe. Incluso la pobreza del tener, la pobreza de los bienes materiales, es consecuencia de la fe. Si sólo es la consecuencia de unas creencias, o de una ideología, entonces es una pobreza que ya es útil, pero no es una pobreza verdaderamente fecunda desde el punto de vista espiritual. Es una pobreza que satisface. Así, el burgués que da la décima parte de sus bienes –y notad que no hay muchos– a los pobres diciendo... –y así sucesivamente– queda satisfecho. Está bien, pero en cierto modo no pertenece al orden de lo propiamente espiritual. Sólo por la fe la pobreza material puede verdaderamente vivirse en su noble realidad. La pobreza en espíritu, me parece, es la consecuencia directa y exclusiva de la fe. Donde no hay fe no puede haber pobreza en espíritu: sólo puede haber pobrezas de método o pobrezas de generosidad, pero no pobreza en espíritu. En mi libro voy a intentar poner todo esto en orden. Evidentemente, todavía es muy difícil para mí por razón incluso de que es algo nuevo. Pero en nuestra época creo que es de suma importancia hacer que se comprenda bien que la pobreza material no es la pobreza espiritual propiamente dicha.